

á los infelices musulimes de todas las provincias. Cuando esto vieron los amires de España abrieron los ojos, y conocieron que Alfonso podia ver cumplidos sus deseos muy presto, sino procuraban poner remedio al mal que les amenazaba. Como ya dijimos, á persuasion de Abul Walid Albagi cadi de Córdoba, y gobernador de ella por Aben Abed rey de Sevilla, temiendo la ruina del Islam, de acuerdo de su señor Aben Abed congregó los alimes y alfakies y cadies de las aljamas de España, y trataron del riesgo y general ruina que les amenazaba, y todos fueron de parecer que se escribiese á todos los amires de los reinos de España, y á sus walies y alcáides de sus ciudades y fortalezas, exhortándolos á la comun defensa del estado contra los Cristianos, y todos respondieron luego que convenia que se publicase guerra santa contra Alfonso, y asimismo concertaron todos los amires, desconfiando de sus propias fuerzas, que se escribiese al principe de los Almoravides Juzef ben Taxfin, para que con gran poder viniese á favorecerles en esta santa guerra. Todos fueron de este parecer, menos Abdala ben Zagut gobernador de Málaga, por Aben Abed que les dijo: que no convenia traer á España á los musulimes almoravides, gente feroz acostumbrada á los desiertos arenosos de Africa, que seria como si tragesen los mas fieros leones y tigres que producen aquellas arenas, que él desconfiaba de los musulimes, y sospechaba que si Juzef ben Taxfin venia, aunque por ventura quebrantase las cadenas que Alfonso les ponía, era muy de temer que aquel poderoso conquistador les pusiese otras mas graves y dificiles de romper: que viesen en cuan poco tiempo habia sojuzgado las ciudades de Almagreb, y habia quitado su libertad é independencia á tantas y tan poderosas tribus de Alkibla y de Suz Alaksa, que lo que mas les convenia era unirse y hacer causa co-

mun como buenos musulimes, y pelear juntos contra Alfonso, que cierto era que estando ellos unidos, olvidadas sus discordias, desavenencias y particulares intereses, serian superiores á los Cristianos, y favoreciéndose y ayudándose reciprocamente serian invencibles: que bien sabian todos ellos qual habia sido la causa de la decadencia del poder de los musulimes. Estas prudentes razones fueron mal oidas y desaprobadas, y le trataron de mal muslim, y de confederado con Alfonso, y como á enemigo de la ley le descomulgaron y maldijeron y le declararon reo de muerte.

Enviaron su carta los amires, de Sevilla Aben Abed, de Granada Balkin, Omar ben Alaftas de Badalyoz, de Valencia Dilnun, de Almería Moez-Daula, el wali de Tadmir Aben Zeidun, y Aben Tahir, y otros: hasta trece amires firmaron la carta en que le rogaban encarecidamente que se dignase pasar á España, y con su poder librarlos del soberbio enemigo que los angustiaba, que esta súplica era de todos los seguidores del Alcoran; porque las tierras estaban taladas, destruidas las ciudades, ocupadas las fortalezas, y la flor de la juventud musulímica esclavizada en duro cautiverio: que oyese los lamentos de tantos infelices, y viniese con vencedoras huestes, á quienes Dios favorece, á redimirlos, que de su generosidad esperaban su cierto remedio.

Estaba Juzef en Medina Fez, y poco antes recibiera carta de su hijo Gilman de la toma de Cebta, y de como habia entrado vencedor en ella en la luna de ra-

1084 bii primera del año cuatrocientos setenta y siete. Teniale muy contento esta nueva, y por esta razon recibió con mas gusto la súplica de los amires de España, y resolvió en su ánimo de pasar á ella desde Cebta; pero antes estando quieto y pacifico en su reino, trató de renovar sus ejércitos y acrecen-

tarlos , y poner en su palacio muchos criados , y muchos oficiales en su corte. Para este fin escribió sus cartas , y envió sus embajadores al desierto á las cabilas de Lamtuna , Musafa , Gudala y otras , en las que decía como Dios le habia enriquecido con nuevos reinos en las partes de Almagreb , y como le obedecian y servian con mucho gusto los naturales de estas tierras; les avisaba la bondad y abundancia de estas regiones , y les rogaba muy encarecidamente que viniesen á su casa y reino , porque deseaba hacerles mercedes como á sus propios parientes , y que fuesen ricos y poderosos , y que tuviesen los mas honrados cargos en su corte y en sus provincias y ciudades ; y que tuviesen el mando de sus gentes de guerra , y le ayudasen en el gobierno de los estados que Dios habia puesto bajo su poder. Por esta generosa demanda á muchos les vino en voluntad el acudir á la fortuna y comodidades que se les ofrecian , y en pocos dias vinieron al rey Juzef ben Taxfin muchas taifas de aquellas tribus del desierto , y les dió á los mas principales muy honrosos cargos , y á los demas los contentó conforme á la nobleza y valor de cada uno , repartiéndolos por las provincias y ciudades , de manera que se llenaron las tierras de Almagreb de moradores venidos de Lamtuna y de las otras tribus del desierto , y esta fue la edad mas próspera y feliz de los Almoravides , y se acrecentaron extrañamente los ejércitos del rey Juzef Aben Taxfin , y se divulgó y extendió su grandeza y poderío , y la fama de su soberanía no solo en Africa , sino en España y fuera de ella. Asi que en esta ocasion acabada la conquista del reino de Fez y de Telinzan y de Mekineza y otros estados de amires zenetes , los jeques walies ó gobernadores de sus provincias y nobles de su corte , se congregaron y le persuadieron que puesto que hasta entonces se habia contentado su moderacion con inti-

tularse con el solo título de amir, que le rogaban quisiese en adelante intitularse como califa en las tierras de Occidente, con los augustos y honrosos títulos que su grandeza requeria: que el solo nombre de amir era comun á muchos príncipes y señores de poco poder en Africa y en España, que por tanto le suplicaban muy humildemente permitiese que le nombrasen amir amumin ó rey de los fieles. Entonces Juzef les respondió, que no quisiese Dios que él tomase aquel título, ni consintiese que sus servidores se le aplicasen, que aquel título augusto les pertenecía á los califas de oriente, descendencia ilustre del profeta y señores de ambas casas santas, que él no era mas que un hombre que seguía y se preciaba de la religion de los príncipes y grandes califas de oriente. Rogáronle que á lo menos se honrase con algun título y tratamiento que le distinguiese de los demas amires, puesto que sus gloriosos hechos tanto le distinguian: y convinieron todos en llamarle amir almuzlimin, señor de los musulimes; y le apellidaron ademas Nasaradin, y para que fuesen estos títulos conocidos de todos se publicaron en los almirbares y en la azala de cada giuma, y se acordaron los tratamientos que se le debian dar en las peticiones y cartas, y el decreto de este mandamiento decia así: « En el nombre de Dios misericordioso y piadoso. »

Del amir almuzlimin Nasaradin Juzef ben Taxfin á los grandes y nobles de nuestros reinos y estados, y á todas las familias que Dios con su liberalidad perpetua en su santo temor, y ajuste á su beneplácito, salud cumplida, prosperidad con su misericordia y bendicion. Despues de dadas gracias á Dios á quien las alabanzas son debidas, al dador de los bienes y de las victorias, os hemos escrito esta carta nuestra, provision en esta nuestra corte de Medina Marruecos, guardela Dios, á

1085 mediados de la luna de muharran del año cuatrocientos setenta y ocho, y lo que contiene es: que habiendonos Dios hecho merced de muchas victorias célebres y gloriosas, y como nos haya enriquecido con abundantes y manifiestas liberalidades, como rocío de bienes, habiendonos asimismo enderezado en el verdadero camino de la ley de nuestro profeta el liberal y escogido, hemos acordado que cuando nos habléis ó escribais en vuestras cartas y peticiones, nos habléis con este título de rey de los fieles musulimes, y ayudador ó defensor de la fe, para distinguirnos con estos títulos de los demas reyes que gobiernan las cabilas ó tribus de Africa y de otras regiones; así que cualquiera que nos hablare ó demandare algo por escrito lo pida á nuestra real y alta persona con el referido título y nombre, si Dios querrá, que él es en verdad el señor del amparo por su liberalidad: salud.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

CAPITULO XII.

Concierto de los musulimes de España y Juzef contra el rey Alfonso. Este, tomada Toledo, escribe al rey de Sevilla.

Despidió el rey Juzef muy contentos á los embajadores de Andalucía, prometiéndoles que les enviaria socorro para librarlos de los daños y opresion que padecian, y de los riesgos que les amenazaban, y de la estrechura de que se quejaban. Estos males cada dia eran mayores en España; pues el rey Alfonso tronaba y relampagueaba sobre las tierras de los musulimes, y

parece que los queria hacer sus tributarios y quitarles su imperio á los amires, tratándolos con mucha arrogancia y soberbia, como se vió por las cartas que el rey Omar ben Alaftas rey de Algarbe le escribió, que este era su comarcano y fronterizo, y le amenazaba mas de cerca el enemigo de Alá: pues en ellas se queja de su soberbia y ambicion, y de como intentaba avasallarle, y presumia cosa fácil el conquistarle el reino que estaba en sus confines. Respondia pues Omar á las arrogantes propuestas y amenazas de Alfonso en esta manera. De Omar ben Alaftas Almudafar rey de Algarbe al rey de Galicia Alfonso. Nos ha llegado una carta del poderoso rey de los Cristianos, en la cual lleno de presuncion y confianza en su poder y en la grandeza que Dios incomprendible le ha dado, truena y relampaguea, y sin razon concertada nos amenaza con sus grandes huestes, y con su poderío y victorias, y no sabe ni entiende que tambien tiene Dios ejércitos con que honra y hace triunfante la verdad de su ley y la doctrina de nuestro profeta Muhamad, y favorece y ayuda á los musulimes que hacen justa guerra á los Cristianos, siguiendo el camino de Dios sin dar muestras de temor, que se conocen y temen á Dios, y se ejercitan en la contricion, pues si esto entendiera no escribiria como escribe: que si ahora resplandece y luce la faz de los Cristianos, esto es por permission de Dios, para que los fieles abran los ojos y vean su ceguedad, y puedan distinguir las cosas malas de las buenas, y tambien para enseñanza y guía de los descreyentes. En quanto al desprecio y burla que hace de los musulimes por causa de nuestros desmanes y malos sucesos, sepa que entendemos que de esto han sido causa nuestros pecados y nuestras desavenencias y discordias, y la poca conformidad de los de nuestra nation, que en verdad si ellos se aviniesen y confederasen, entonces os haríamos ver

à vos , rey Alfonso , y à vuestros Cristianos que todavía os sabremos confecionar los sabores que otras veces nuestros antepasados hicieron gustar à vuestros mayores , y sabe que no perdemos la esperanza en Dios , y con su ayuda no desistimos de pensar que te haremos gustar y aun beber hasta las heces de los mas amargos tragos que jamás probaste ni oiste. Entretanto acuérdate de Almanzor y de aquellos conciertos en que tus antepasados le ofrecian sus propias hijas , y las enviaban en tributo hasta su propia tierra. En cuanto à nosotros , si bien es verdad que ha menguado el número de nuestra gente , y falta quien nos ayude , con todo eso no hay entre tí y nos mar que nos separe , ni otra cosa que impida el vernos sino espadas , en cuyos filos verás los cuellos y gargantas de los tuyos , y un puro y espantoso resplandor de armas que deslumbrará tus ojos , y no lo podrás ver. Mi confianza es Dios , y en el espero ampararme contra tí , y en sus ángeles aparentes en humana forma. No esperamos favor sino de Dios , ni hay lugar para acogernos sino en Dios , ni asilo sino en Dios ; en suma no esperamos sino una de dos felicidades , ó victoria gloriosa sobre vosotros , ; oh qué felicidad seria esta ! ó muerte todavía mas gloriosa en el camino y servicio del Señor , ; oh qué bienaventuranza ! ; oh qué paraíso de delicias ! que en Dios está el galardón y la recompensa de esas tus amenazas , y de la honrosa muerte , y en Dios esperamos una victoria que nos redima y saque de los pasados males , y Dios altísimo te dé à tí , rey Alfonso , la misma que nos has amenazado.

El rey Omar , aunque muy esforzado , con todo eso bien conocia que sus fuerzas no eran bastantes para oponerse y resistir al poder del rey Alfonso , y temiendo que la vecindad de sus tierras con las de los Cristianos les diese ocasion para que entrasen en ellas co-

mo acababan de hacer en Toledo , escribió con grandes ruegos al rey Juzef pidiendole , que no dilatase su pasada en España para refrenar á los Cristianos que peleaban con mucha prosperidad contra los musulimes : la carta fue de su propia mano , y decia así : De Omar ben Alastas el confiado en Dios , á Juzef ben Taxfin rey de los musulimes.

Como la luz y resplandor de la buena guia , ó rey de los musulimes , que Dios la fortifique , sea la que te dirige y encamina y mueve , teniendo por camino propio suyo el camino de la beneficencia y la sabiduría se ocupe y emplee siempre en hacer bien á otros , y tus deseos sean de hacer siempre guerra á los descreyentes , de lo cual estamos bien informados , y siendo bien cierto y averiguado que te dedicas siempre á honrar , sublimar y defender nuestra ley , y que tu eres el mas inclito y principal emperador , y el mas poderoso caudillo , y conquistador y vencedor de infieles , nos conviene implorar tu auxilio , para que socorras y defiendas nuestra ley y á nosotros. El dolor de nuestras desgracias es estremado : tribulaciones y calamidades nos cercan por todas partes en España , y daños mayores todavía nos amagan , que no pueden imaginarse sin espanto. Por todos lados nos va rodeando esta maldita gente , desde que los nuestros descuidaron el sugetarlos como antes , y estar unidos contra ellos. Estos enemigos han crecido , han tomado alas , y como siempre nos querian mal , creciendo su poder y su enemiga rabia nos acometen ya estos perros de manera que nos tienen acobardados , y siempre con la barba sobre el hombro , sin quedarnos mas remedio para mantenernos sino palabras fingidas de sumision y blandura : pérfidos tratos que no dan sosiego , antes nos tienen con perpetuo cuidado y recelo de lo que nos puede sobrevenir. No sirve para perder estos temores el en-

viarles dádivas y preciosos dones cada dia, dejarles sacar de nuestra tierra toda especie de provisiones y mantenimientos: con todo eso no calman los sobresaltos ni se disminuyen los peligros; y en verdad si el daño no pasara mas adelante nos contentariamos con ellos, y estariamos alegres con la miseria é infelicidad de este estado; pero ellos no cesan, nos quitan cada dia las haciendas, y nosotros mezquinos las dejamos llevar callando, y nos parece que el no hacernos mayor mal es merced que nos hacen, y les estamos á manera de agradecidos, y pensando que les poder dar cuando nos vengan á pedir. Pero señor, nos sacarán los ojos, y el mal nos ha pasado ya de parte á parte hasta parecer ya llaga incurable. Como ya saben nuestros enemigos que nada podemos darles y su codicia es insaciable, ya tratan de conquistar y saquear nuestras ciudades y ocupar nuestras fortalezas, y se ha encendido el fuego de los Cristianos por toda España, y en todas partes las puntas de sus lanzas y los agudos filos de sus espadas beben y han bebido mucha sangre de los musulimes, y los que por fortuna escaparon de la cruda muerte en las atroces peleas gimen en su poder en dura esclavitud y atormentados de sus crueles manos, pues no tratan sino de acabarnos y hacernos sufrir indecibles tormentos. Y segun parece piensan en darnos el último asalto, y muy poco distante miran el fin de sus deseos que es nuestra ruina y absoluto vencimiento; pero, ¡oh se de Dios! ¡será posible que los musulimes hayan perdido la esperanza y aliento para mantener y sustentar la verdad de nuestra ley! ¡será que algun dia triunfe la infidelidad de la religion verdadera! los asociantes vencerán á los que confiesan la unidad! ¡y no habrá quién nos ampare y libre de estas calamidades! ¡ha de faltar quién levante nuestra fe caída en el suelo! ¡no aparecerá un defensor de la re-

ligion y de las cosas santas! Però no tenemos otro auxilio ni refugio que á Dios delante de su trono sublimado, á él cual toca la baja y terrena súplica, y su divina bondad ha honrado á los bajos y envilecidos. Nuestra calamidad es inconsolable, es de gracia sin par. No te habia escrito, oh rey de los Muzlimes, antes de ahora ocupado en defender la tierra del asiento y cerco de Medina Cauria, restitúyala Dios, que pudiera ser causa de la despoblacion de esta tierra de los musulmes que moran cerca de ella. Siempre ha ido en aumento mi temor de que se perdiera la ciudad de que te escribí: la fuerza del enemigo se ha aumentado, y en fin la ciudad vino á su poder, cosa que acrecienta nuestros males. En medio de la ciudad hay un castillo de mucha fortaleza, tal que excede á los mas fuertes castillos, este es como el centro de la ciudad, y como el centro en un circulo, señorea todas las partes de la ciudad, y da vista y atalaya toda la tierra al rededor, así á los que están cerca como los que están apartados y distantes, de manera que no era otra cosa esta fortaleza que como un viento fuerte y tempestuoso en las salidas de los que dentro estaban; pero se apoderó de él un traidor enemigo, un soberbio infiel, y si no te das mucha prisa en venir con tus huestes de á pie y de á caballo no tardará en estar todo puesto en desolacion y ruina. No te recuerdo, oh rey de los Muzlimes, la palabra del libro de Dios, ni la doctrina de nuestro honrado profeta, pues entre vosotros hay mas doctrina y letras que por acá, y sabeis bien lo que en este caso nos obliga. Envioos esta carta con un noble geke nuestro predicador y alchatih para que si os ocurriese alguna duda en el particular os la declare y manifieste. Este se ha determinado á llevar esta carta y embajada por ser obra meritoria y alcanzar de vuestro poder este socorro y singular merced,

y yo no he dudado de manifestarle mis intentos, confiando así en su fidelidad muy apurada como en su saber y en la elegancia de su lengua. Salud.

En este mismo tiempo ufano y envanecido el rey Alfonso de Galicia de sus victorias y de la conquista de Toledo que era la cabeza de España y casa principal de los antiguos reyes Godos, deseoso de nuevas conquistas, atropellando los conciertos que con Abed de Sevilla tenia, pensando cosa fácil el avasallar y hacerle su tributario como al infeliz Yahye Alcadir de Valencia, ó por romper aquellas paces que con él tenia asentadas, que le impedían continuar apoderándose de Andalucía, así como hiciera de las comarcas de Toledo, por todo esto escribió al rey de Sevilla Aben Abed Almutamad, pidiéndole que entregase á su embajador y á los que con él iban ciertas fortalezas, ó á lo menos declarase pertenecerle aquellas de derecho, y que en esto no hubiese falta ni dilacion, mostrando bien en sus palabras cuán alegre y contento estaba de sus pasadas victorias: la carta decia así:

Del emperador y señor de las dos leyes y naciones, el excelente y poderoso rey D. Alfonso ben Sancho, al rey Almutemed bila Aben Abed, que Dios fortifique y alumbre su entendimiento para que se determine á seguir el verdadero camino que os conviene: salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de reinos y amparador de pueblos, al cual han encanecido los cabellos en el conocimiento y prudencia de las cosas, y en el ejercicio y destreza de las armas y en perpetua consecucion de victorias, en cuya casa nació la consecucion de sus deseos y el cumplimiento de su voluntad, en cuyas banderas está de asiento la victoria, el que hace blandear las lanzas y las blandean sus caballeros con esforzadas manos, el que hace vestir de luto á las dueñas y doncellas Muzlimicas, el que hace

ceñir las espadas en las cintas de sus campeadores, y llenar de lamentos y alaridos vuestras ciudades. Bien sabeis lo que ha pasado en la ciudad de Toledo cabeza y corte de toda España, y lo que ha sucedido á sus moradores y á los de su comarca en el cerco y entrada de ella, y si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os viene vuestro tiempo, y éste no se ha dilatado sino por mi voluntad y por mi buen querer, y si ahora estáis quietos y en sosiego advertid que la prudencia y cordura del hombre está en guardarse á sí mismo, y mirar bien lo que le conviene antes de caer en el lazo y calamidad que despues no pueda remediar; pues en verdad si no mirára á los conciertos que hay entre nosotros, y palabras que nos hemos dado, pues no hay en mi cosa mas presente que el guardar mi palabra y fe prometida, ya os hubiera entrado la tierra, y á sangre y fuego os echára de toda España sin dar lugar á demandas y respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas, y el fiero relinchar de la caballería, y el estruendo de los tambores y trompetas de batalla. Os quiero adelantar este aviso para quitaros toda disculpa, y advierte que no se apresura sino el que teme que los sucesos no correspondán á su voluntad. Envióos esta embajada con el Carmut Albarhan porque confio en él que sabe tratar y disponer los negocios, y conferir con personas de su discrecion quanto le quieras comunicar; trátale con confianza que tiene prudencia para cualquiera cosa que gustes comunicarle en lo que conviene á tu persona y vasallos, y conforme hicieres verás despues las obras y sus efectos. Salud.

CAPITULO XIII.

Respuesta de Aben Abed al rey D. Afonso, y conversacion de aquel con su hijo.

Parecióle al rey, Aben Abed muy soberbia la carta del rey D. Alfonso, y las propuestas que de su parte le hizo Albarhan, y aunque en su consejo habia muchos visires que tenian por mas seguro cualquier acomodamiento con el rey Alfonso y pagarle tributo, con todo eso el rey Aben Abed que era muy absoluto tuvo por demasia y arrogancia la carta, y respondió al rey Alfonso en verso, que era muy excelente poeta y muy docto, y tambien en prosa: la carta en sustancia decia así:

Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Muhamad Aben Abed al soberbio enemigo de Alá, Alfonso hijo de Sancho, al que se intitula rey de reyes y señor de las dos naciones y leyes, que Dios quebrante sus titulos vanos, y salud á los que siguen el camino derecho. En cuanto á llamarte señor de las dos naciones, mas derecho tienen en verdad los Muzlimes para preciarse de esos titulos que tú, por lo que han poseido y tienen de las tierras de los Cristianos, y por la multitud de sus vasallos y riquezas de armas y tributos, que nunca llegará tu poder á ser comparable con el nuestro, ni puede alcanzarlo toda tu ley y tus secuaces, y ciertamente puedes tener por año venturoso éste en que

has suscitado esta novedad, y no puede ser mas prudente y oportuno el consejo que se te ha dado acerca de esto. Ya despertamos de nuestro sueño y nos levantamos de nuestra flojedad y pasado descuido. Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas; pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que se entreguen á los tuyos y nos mandas como si fuéramos tus vasallos? Maravillome mucho de la diligencia y prisa con que urges para que se cumpla tu vana y soberbia voluntad: te has envanecido con la conquista de Toledo sin mirar que eso no lo debes á tu poder, sino á la fuerza y destinacion divina que así lo habia determinado en sus eternos decretos, y en eso te has engañado á tí mismo con torpe engaño. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas, caballos y esforzada gente que no se espanta del estruendo de las batallas, ni vuelve la cara á la horrorosa muerte, y puestos en la pelea nuestros caballeros saben salir airosos del empeño: nuestros caudillos entienden en ordenar sus haces, en conducir los escuadrones, armar celadas, y no temen el entrar por entre los filos de las espadas, ni les horrorizan las contrapuestas lanzas. Sabemos dormir en la dura tierra sobre un albornoz, rondar y hacer las velas de la noche, y nos dan salud los fieros golpes de los furiosos endiablados: y porque veas que esto es así como te digo, ya te tienen preparada respuesta de tu demanda, y de comun acuerdo te previenen aceradas y limpias espadas, y gruesas y agudas lanzas, y al fin es cierto que no hay mal que por bien no venga, y que presto se arrepiente quien de súbito se determina. ¿Cuándo tus antepasados tuvieron buena suerte con los nuestros, sino por alguna vileza de las que tú sabes y que todo ello era nada? yo veo que los que te aconsejan son como bestias sin enten-

dimiento, y al mismo tiempo es gente de tan poco valor que nunca sus obras acreditaron su vana parleria; asi es que nunca los matamos peleando como buenos en campo abierto, sino escondidos y encerrados en sus torres y tras los muros. Deben por ventura creer esos tus consejeros que carecemos de entendimiento, y que en los hombres, en los reinos y estados no hay mudanzas. Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro, porque yo no ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios, y de no haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios, toda la pena de nuestra culpa la ha cifrado en las palabras vanas con que nos insultas; pero como éstas no acaban la vida, confio en Dios, que con su ayuda me amparará contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras, pues Dios favorece y ampara á la verdadera ley, y da salud á los que conocen la verdad y la siguen, y se apartan de la falsedad y de sus engaños.

EN VERSOS DECIA ASI:

Abatimiento de ánimo y vileza

en generoso pecho no se anida,
ni cabe bien, ni el corazon consiente
por mas que deudo ú amistad nos ligue
á que temamos vanas amenazas
de tu soberbia, como vil esclavo
el furor teme de su aírado dueño.

El miedo es torpe y vil, de vil canalla
es el pavor, y si por mal un dia
parias forzadas te ofrecí, no esperes
en adelante sino dura guerra,
cruda batalla, sanguinoso asalto,
de noche y dia sin cesar un punto,
talas, desolacion á sangre y fuego.

Estas dádivas solas preparamos

para tu tierra en vez del oro y plata.
 Mas poderoso y grande es el Eterno.
 Alá, que cielo y tierras ha criado
 á quien adoro, que la Cruz que adoras,
 y ostentas en tus armas y banderas.
 Armate pues, prevenete á la batalla,
 que con baldon te reto y desafío.
 El sol en negras nubes eclipsado
 baña su faz en lágrimas de sangre,
 entre nosotros solo guerra y muerte
 habrá de hoy mas, y espanto en toda España.
 Con su duro eslabon el sufrimiento,
 de fuego hace saltar vivas centellas,
 de cruda guerra en la tiniebla obscura
 y confusion de la discordia insana.
 Las espadas deslumbran ya tus ojos,
 y te arrepentirás cuando á tu pecho
 se contrapongan las herradas lanzas,
 teñidas del carmin de las mejillas,
 y de los pechos de tu pobre gente.

Cuéntase que en este tiempo como hubiese enviado
 el rey Alfonso un embajador á Sevilla y un Judío su
 tesorero llamado Aben Galib, que era muy principal y
 privado suyo, para entregarse de cierta cantidad de
 doblas que el rey Aben Abed le debia pagar, que este
 embajador y el Judío no estaban aposentados en la
 ciudad, sino de fuera de ella en sus pabellones, adon-
 de Abu Zeidun tesorero de Aben Abed llevó las doblas
 en compañía de otros vizires, y el Judío del rey Al-
 fonso no queria entregarse de aquellas doblas con pre-
 testo de que no eran bien cendradas, y no queria re-
 cibirlas sino á prueba de fuego y cendra. Hubo entre
 ellos demandas y respuestas, y como el embajador pro-
 pusiese que en vez de las doblas se le diesen unos ba-
 xeles que allí tenia el rey Aben Abed, puesto que el
 Judío no queria sin quilatear recibir aquella moneda,
 la propuesta irritó el animo del rey, y dijo: que de

ninguna manera se pagase aquella cantia, que ya no podia llevar tanta soberbia de aquella gente vil: y aquella noche misma entraron algunos esclavos en las tiendas del embajador y del Judío, y mataron á éste con muchas puñaladas, y maltrataron á los Cristianos que venian con el embajador; no se sabe si esto fue licencia y desenfreno de los esclavos, ó por consejo de los vizires por complacer al rey Aben Abed, que no mostró que le pesaba de esta maldad, cuando el embajador se quejó de esto al dia siguiente, y se partió de Sevilla amenazando y jurando venganzas de parte de su rey.

Bien conoció Aben Abed el yerro y la maldad, y aunque algunos le aconsejaban que escusase este acacimientto con el rey Alfonso, y lo atribuyese á demasia del pueblo ofendido de la desconfianza del Judío; pero resuelto á romper con el rey no pensó en otra cosa que en prevenirse para la guerra, y llamó á su hijo Raxid, príncipe jurado heredero de sus reinos, para despues de sus dias, y que ya tenia mucha parte en el gobierno del estado, y le dijo estas palabras: « O hijo mio, nosotros estamos huérfanos en Andalucía, y entre un mar tempestuoso y un cruel y poderoso enemigo, y no tenemos amparador que nos valga sino Dios altísimo. De los amires de Andalucia ya ves que poco se puede esperar, pues no son de provecho para ayuda ni defensa. Por otra parte, ya ves las conquistas y potencia del Alfonso, enemigo de Dios, que con su fortuna y constancia en hacer la guerra por siete años se ha enseñoreado de Toledo y de sus tierras, poblándolas de infieles y de viles criaturas. El enemigo de Dios disimula su deseo de oprimirnos, y si levanta la cabeza contra nosotros, temo de su porfia y fortuna que se apodere de nuestros reinos, y que venga sobre nuestra ciudad, pues que si una vez viene con sus tropas y

asienta su campo delante de ella, difícil sera librarla de su potencia. El mejor consejo parece el implorar el socorro de Aben Taxfin el nuevo conquistador de Africa, si bien esto como está concertado entre nosotros no carece de peligro, y en verdad que no me da este Muzlim menos temor y espanto que la arrogancia del maldito Alfonso. Con la continua guerra nuestros tesoros están apurados, las rentas y frutos han menguado con la falta de la labranza con ocasion de las talas y correrías, nuestros ejércitos están muy disminuidos, que no acuden á nuestro llamamiento como solian y los que vienen, llenos de temor y desconfianza, y lo que peor es que no nos quieren bien, antes nos aborrecen así los nobles como la gente popular, de manera que no hallo otro partido» Respondiolo su hijo Raxid: «Padre y señor mio, y ¿quieres traer á España al ambicioso Aben Taxfin al que ha salido de los desiertos de Alkibla atropellando todas las tribus de Almagreb y de Mauritania? No dudes que ese nos echará de nuestras casas, y sus bárbaras gentes nos esparcirán y desterrarán de nuestra union, y de nuestra amada patria.» Aben Abed dijo: «No quiera Dios, hijo mio, que se diga de mi que perdí la Andalucía, y que la hice morada de infieles y herencia de Cristianos, ni que consienta que se me publique con maldiciones en los almimbares de nuestras mezquitas, y que mi nombre sea execrable á los muzlimes, como el de otros infelices reyes; no por Dios, no hijo mio, mas estimaré sirviendo al rey de Marruecos ser pastor y guardar sus camellos, que siendo amir tributario y vasallo de los perros cristianos.» Raxid su hijo le respondió «hágase pues lo que Dios os inspire,» y el rey Aben Abed le dijo: «Yo confio en su divina bondad que lo que me inspira en este negocio ha de ser cosa buena y provechosa para nosotros y para todos los Muzlimes.»

CAPITULO XIV.

Embajada de Aben Abed á Juzef.

Con esta resolución el rey Aben Abed dispuso su embajada; y escribió sus cartas así por su alcatib como de su propia mano; y la del rey decía. A la presencia del príncipe de los Muzlimes, amparador de la fé, suscitador de la verdadera secta del califa, al imam de los Muzlimes y rey de los fieles Abu Jacob Juzef ben Taxfin, el ínclito y engrandecido con la grandeza de sus nobles, alabador de la magestad divina, y de la potencia del Altísimo, comedido á Dios y al cielo, que no se envanece de su honra y grandeza, y se contenta del galardón que Dios le da, Muhamad Aben Abed, salud cumplida de Dios conveniente á tu soberana y alta persona; y asimismo la misericordia de Dios y su bendición: envia ésta el que dejando todas las cosas solo se dirige á tu generosa magestad de Medina Sevilla; en el entrelunio de giumada primera del año 1086, quatrocientos setenta y nueve; y cierto, ó rey de los Muzlimes, que Dios ensalce y ampara contigo su ley. Nosotros los Arabes de Andalucía no conservamos en España distintas nuestras cabilas ilustres si no mezcladas unas con otras, y esparcidas en diversas partes de ella mezcladas nuestras generaciones y familias; de manera que poca ó ninguna comunicacion tenemos tiempo ha con nuestras cabilas ó familias que moran en Africa: así que esta falta de union ha di-

vidido tambien nuestros intereses, y de la desunion procedió la discordia y apartamiento, y la fuerza del estado se debilitó, y prevalecen contra nosotros nuestros naturales enemigos, y estamos en tal estado que no tenemos quien nos ayude y valga sino quien nos baldone y destruya: siendo de cada dia mas insufrible el encono y rabia del rey Alfonso que como perro rabioso con sus gentes nos entra las tierras, conquista las fortalezas, cautiva á los Muzlimes, y nos trata de pisar debajo de sus pies sin que ningun amir de España se haya levantado á defender á los oprimidos, mirando con descuido la ruina de sus parientes, amigos y vecinos, sin siquiera ejercitarse á ello por defensa de nuestra ley, y en verdad que lo pudieran haber hecho si hubieran querido como debian, sino que ya no son los que solian, que el regalo, el suave ambiente de los aires de Andalucía, las recreaciones, los delicados baños de sus aguas olorosas, y frescas fuentes y confiadanos manjares los han debilitado, y ha sido causa de que teman entrar en guerra y padecer fatigas, sin moverlos á ello causas tan justas; así es, que ya no osamos alzar cabeza, y pues vos, señor, sois el descendiente de Homair nuestro predecesor, dueño poderoso de sus pueblos y dilatadas regiones, á vos acudo y corro con perfecta esperanza, pidiendo á Dios y á vos amparo, suplicándoos que sin tardanza paseis en España para pelear contra este enemigo, que infiel y pérfido se levanta contra nosotros, procurando destruir nuestra ley. Venid luego y suscitad en Andalucía el celo del camino de Dios, y la defensa de la doctrina de nuestro honrado profeta, por lo cual mereceremos eterno galardón y retribucion divina, y liberal delante de Dios altísimo, que no hay fuerza ni poder sino en Dios alto y poderoso, cuya salud y divina misericordia y bendicion sea con vuestra alteza.

Esta fue la carta del rey: la que escribió en su nombre su alcatib Abu Bekir ben Gedi decia: Al rey muy poderoso, con el favor de Dios rey de los Muzlimes, defensor de la ley, príncipe de los Almoravides Abu Jacub Juzef, con cuya luz y esplendor ilustra Dios todas las partes de la tierra, y con cuya perfeccion hermosea Dios y adorna á las criaturas y á los que seguimos una misma ley del rey excelente por la gracia de Dios, premiado con su divina misericordia, el confiado y apoyado en Dios Muhamad Aben Abed, salud á la presencia y soberanía que se establece en la fé y en respetables juramentos, y cuya verdad y seguridad es manifiesta á todo el mundo: Dios ha fortificado la ley con la fé de la unidad y concordia, y nos ha vedado seguir las torpezas y leyes contrarias á nuestra ley, y con esto ha favorecido á sus servidores con un nuevo gobierno que enseña la austeridad y gravedad de costumbres, del cual nos ha llegado cierta y verdadera fama que nos publica vuestra ínclita descendencia, vuestro valor y celo que admira el mundo. Tambien sabemos que Dios os ha llenado de su misericordia, cuyo rocío resuscita y revive el celo de camino de Dios, establece la senda derecha de la justicia, y la escala del bien y de la equidad. A nuestros pueblos ha sobrevenido una calamidad, tal que hace olvidar las mas graves y lamentables pasadas, que todas ellas han quedado como atónticas y confusas con la enormidad de esta que nuevamente les ha sucedido. La causa de esto es la codicia y ambicion de un cruel enemigo, que siempre nos hace guerra á sangre y fuego, lleno su corazon de tan entrañable odio y enemistad á nuestra ley y á los que la seguimos, que ni se vé ni se conoce remedio que le temple. El poder y soberbia de este enemigo crece y se aumenta cada dia, y nosotros al mismo pasó caemos de ánimo y enflaquecemos: los enemigos cristianos se au-

nan y confederan para nuestra ruina, nosotros por desgracia no concordamos ni convenimos sino en dormir todos; y mirar con indiferencia como nuestro enemigo se levanta y destruye á nuestros hermanos: ni una sola vez nos hemos aunado para ofenderle ni para la comun defensa. Dormimos en profundo letargo, y no nos despiertan los continuos golpes de la enemiga fortuna; ni los daños y graves calamidades que trae consigo este infelice tiempo. Ahora nos ha enviado una carta llena de truenos y relámpagos, y no escasa de promesas y falsas palabras, persuadiéndonos que le cedamos fortalezas y ciudades, y que le abandonemos nuestras mezquitas para llenarlas de sus frailes, y poner sobre las altas torres sus adoradas cruces, y que se canten misas y su rekiem donde se hacia la azala; y en suma quiere echarnos de nuestras casas y poblarlas de cristianos. Dios ha formado en ti, oh rey de los Muzlimes, una posesion y reino, cuya grandeza y elevacion bendice, y te ha hecho su ministro y enviado para que con propósito virtuoso ayudes á mantener la torre de su ley, y para que con esta ocasion participes del resplandor de su divina luz. Bien tienes quien te acompañe, no te faltarán ejércitos que desean comprar el paraíso á precio de su sangre y vida que aspiran á verse en la santa guerra con sus propias armas. Si codicia de bienes temporales te mueve aquí no sa tan alhombros preciosas, joyas, oro, plata y ricas preseas; deliciosos jardines y claras y abundantes fuentes de agua corriente pura y cristalina; pero si como es tu corazón solo te mueve el servicio de Dios y el grangear para la vida eterna, aquí se te presenta la ocasion mas oportuna pues nunca faltan sangrientas batallas, peleas y escaramuzas, lanzas y resplandecientes espadas que desnudas blandean los robustos brazos, y fuertes puños de los campeadores. Este paraíso y sacro bosque tiene

aquí Dios puesto para que de las sombras de las armas os trasladeis á las en que recompense vuestros merecimientos: Nos escudamos y defendemos con Dios y con sus ángeles y con vuestro poder contra estos infieles que nos hacen guerra, movidos y alentados de aquella divina palabra que dijo: matarlos que Dios les dará tormento y pena de amargura por vuestras manos, y les echará su maldicion y os dará victoria contra ellos; y dará salud liberal á los nobles pechos de los fieles. En fin Dios nos aune y congrege en la palabra de la unidad para que nos ayudemos con la misericordia que Dios nos ha dispensado con su ley para que le demos gracias por ella, y mencionemos su nombre santo, y propagando su conocimiento: la salud de Dios con su misericordia y bendicion sea con el rey de los Muzlimes defensor de la ley de Dios, y amparador de la fé.

Los nobles embajadores del rey de Sevilla entregaron sus cartas al rey Juzef ben Taxfin, y le hicieron relacion del estado miserable de las cosas de España y de las ventajas y soberbia del rey Alfonso: y leidas y entendidas las cartas y razones de los de Andalucía las mostró á los de su consejo que estaban allí con él, y á sus parientes diciéndoles: ¿que os parece de estas demandas y pretension de los andaluces? y sus parientes que por primera vez oían nombrar Cristianos como recién venidos de los desiertos le dijeron: oh amir de los Muslimes, nos parece que es muy justo y cosa conveniente que todo muslim socorra á su hermano el muslim que cree en Dios y en su profeta, y nos seria cosa vergonzosa y mal contada que tengamos un hermano vecino y de nuestra propia ley, tan cercano que no hay entre nosotros y él sino una acequia y corto estrecho de agua, y que le dejemos solo y sin amparo para que el enemigo le devore de un solo bocado; pero con todo, esó y haced señor lo que os parezca mas acertado;

que el poder y soberano mando es de Dios y vuestro. Despues el rey Juzef se aconsejó aparté con su alcatib Abderaman ben Eshat andaluz de Almería, y le pidió que le dijese su parecer en este negocio; y el secretario le respondió: Señor el mandarnos es de Dios y vuestro, así que me parece escusado el daros consejo sino como humildes siervos obedeceros. Sin embargo, dijo Juzef, dime tu sentir y lo que á ti te parece: y respondió el catib: Conviene sin duda que todo muslim socorra á su hermano muslim; pero yo tengo ciertas razones que se oponen á que hagas esta pasada á España. Por tu vida dijo el rey; ¿qué razones son esas? y respondió su alcatib: oh rey de los Muslimes que Dios te fortifique, has de saber que España es como una isla cortada y rodeada de mar por todas partes sino por unos montes al oriente. De ella ocupan los musulimes una buena parte que cada dia van perdiendo; y los Cristianos tienen lo demas, es tierra estrecha y atajada de montes, y es una cárcel de los que entran en ella, pues quien allá pasa nunca suele tornar; porque se vé forzado á quedar bajo el señorío del que en ella manda; y si una vez allá pones los pies no estará despues en tu mano la vuelta. Ademas, ¿qué amistad hay entre tí y ese amir que te llama? ¿qué seguridad te ofrece ni que antiguo parentesco te obliga á socorrerle? Yo temeria que si Dios favorece los intentos del enemigo que despues el rey de Sevilla te estorbe el pasage y vuelta para Africa, que fácil cosa le seria. Así que, si te parece escríbele que no puedes pasar, y escusate de ello si no te entrega la isla verde para que pongas en ella gente de tu confianza que te asegure el paso cada y cuando quisieres. En verdad Abderaman, dijo el rey, que me has advertido una cosa de que yo no cuidaba: bien dices, vé y escríbele conforme á tu consejo; que me place. Escribió Abderaman su carta á nombre de Juzef y decia así:

En el nombre de Dios misericordioso y piadoso: del rey de los musulimes, defensor de la fé, renovador de la vocacion del rey de los Muslimes, al rey generoso confiado en la ayuda de Dios y apoyado en Dios Abulcasen Muhamad Aben Abed perpetue Dios y ajuste y comida su liberalidad con su santo temor, en lo que á su divina magestad agrada: salud de Dios con su misericordia y bendicion. Esto supuesto, llegónos vuestra carta y noble demanda, por la cual enterado de lo que en ella se contiene, llamándonos para que os ayudemos y socorramos, y os libremos de las calamidades y males que os oprimen, entendiendo la poca union y hermandad que hay entre vosotros los reyes de Andalucía, y el poco favor que os prestais, yo por mi parte seré vuestra mano derecha y os ayudaré por mi persona y gente, que es lo que en razon conviene que yo haga como Dios manda en su honrado Alcoran; pero no es posible que yo pase á Andalucía sino entregais en nuestro poder y en manos de nuestra confianza la isla verde para que el paso no se nos impida ni estorbe como y cuando fuere nuestra voluntad. Si este os parece buen consejo otorgad lo que os demando, y sin tardanza pasaré en tu ayuda, si Dios quiere. Salud cumplida.

A la vuelta de los embajadores á Sevilla vista la demanda del rey Juzef hubo diferentes pareceres, y Raxid el príncipe dijo á su padre: ¿Qué os parece señor? A mí me parece grande y no conveniente la demanda del rey de Africa, y con ella se aumenta mi temor y desconfianza. El rey Aben Abed le respondió: No es mucho, hijo mio, lo que el rey de los Muslimes pide comparado con el beneficio que de su mano recibiremos viniendo en ayuda de nuestra gente y en defensa de nuestra ley: y luego el príncipe Raxid juntó sus cadies y otorgaron la entrega de la isla verde para el rey Juzef Aben Taxfin y para sus descendientes, sin reser-

var en ella ni en parte de ella ningún derecho el rey Aben Abed para sí ni para criatura humana por su causa. Y esta escritura autorizada se envió luego al rey Aben Taxfin, rogándole muy encarecidamente que su venida fuese sin dilacion. Estaba en aquel tiempo por gobernador en Algecira un hijo de Almutamed Aben Abed de Sevilla, llamado como ya dijimos Yezid Radila, y le envió su padre orden para que entregase aquella fortaleza á los moros de Africa enviados por el rey Juzef, y que luego que llegasen él saliese con toda su gente de la ciudad y de su tierra, como se cumplió en todo.

CAPITULO XV.

Viene el rey Juzef á España, y reúnen los amires contra Alfonso.

Luego que el rey Juzef vió otorgada la donacion de la isla se comenzó á disponer para pasar en España. Congregó sus alcaides y gente de guerra, llamándolos á Marruecos, y anunciándoles como pensaba pasar á España contra Cristianos, y en pocos dias se le juntó mucha gente y con ella partió camino de Cepta. El rey de Sevilla Almutamed Aben Abed viendo ya la ocasion en las manos, considerando el riesgo que todas sus cosas tenian, y teniendo aviso del cerco de Zaragoza, que estaba muy apurada por el rey Alfonso: sabiendo ya tambien como Juzef habia salido de Marruecos para Cepta, creyó que le convenia pasar en persona á

prevenir al rey Juzef en su favor, siempre deseoso de llevar adelante sus ambiciosas miras. Embarcóse en Sevilla con muy lucida compañía de nobles andaluces, y pasó allende el mar y fue á visitar á Juzef, á quien encontró en tierra de Tanja en sitio conocido por Velila á tres jornadas de Cepta. Recibióle muy bien Juzef, y Aben Abed le habló del estado de Andalucía, y le dijo que en él consistia la libertad y seguridad de los musulimes de ella, que volase á sacarlos de sus continuos temores, y de la angustia que los oprimia y conturbaba. Le ponderó las victorias y soberbia del rey Alfonso, los sitios y correrías con que infestaba la tierra, y cómo ya tenia cercada y á punto de perderse la ciudad de Zaragoza, una de las principales cortes de los Arabes de España, que por presto que fuese, tal vez sería demasiado tarde para llegar á socorrerla. Le habló de los amires y de las prendas de cada uno, y de los males de la discordia y desunion, causa única de la decadencia y ruina del estado. Juzef ben Tazfin le respondió: torna luego á tu tierra, cuida de tus cosas que yo iré allá, si Dios quiere, y seré vuestro caudillo y venceremos: iré en pos de tí. Tornóse Aben Abed á España, y entró Juzef en Cepta y dispuso y aperció lo conveniente para el pasage y expedicion; previno las naves, y allegó sus banderas y gente, y ordenadas y dispuestas las cosas cumplidamente para el gobierno de las provincias de Velad Zahara, de Alkibla, Zaba y Almagreb, y prontó la gente de aquellas tribus, mandó que pasase el ejército á España, y fue tanta la gente que pasó que solo su criador puede contarla. Desembarcó esta infinita muchedumbre en la isla verde, y acampó en sus plazas. Pasó el mismo Juzef Aben Taxfin con Ibrahim y con una tropa de caudillos Almoravides de Lamtuna, de quienes hacia mucha cuenta, y los honraba y trataba con mucha estimacion y

agrado. Luego que entró en su nave y se puso sobre ella extendió sus manos al cielo y rogó á Dios altísimo, y dijo en su súplica : ¡ Allahuma ! si há de ser ; tú señor lo sabes ; para bien de los musulimes este mi pasage aplaca y tranquiliza este mar , y si no ha de ser de provecho ponle embravecido y tempestuoso que no permita el paso : y luego en aquel punto sosegó Dios el mar y se quedó muy sereno y sosegado , y pasó su nave con extraña velocidad. Fue su pasage dia jueves en el interlunio de rabii primero del año cuatrocientos setenta y nueve , y desembarcó venturosamente en la isla verde , y rezó allí aquel dia su azala de adohar , y salió de la ciudad á recibirle con lucido acompañamiento el gobernador Aba Chalid Aradila Yecid hijo menor del rey Aben Abed ; que así se lo ordenó su padre ; y en la puerta de la ciudad de Algecira estaban esperando el rey Almutamed Aben Abed y todos los amires de España con muchos principales alcaldes y caballeros , y aquella tarde hubo su consejo con todos ellos acerca de la expedicion. En el tiempo que allí estuvo el ejército de Juzef acampado restauró los muros de la ciudad en las partes que estaban apor-tillados , y levantó algunas torres que habia arruinadas y caidas , y al rededor del muro hicieron su foso ; y se abasteció la fortaleza con muchas provisiones para muchos dias , y puso Juzef en ella un buen presidio de escogida gente con orden de que la guardasen siempre con mucho cuidado , y que quedasen y habitasen allí siempre. Esta fue la primera pasada del rey Juzef en España de las cuatro que á ella hizo en toda su vida , como despues veremos. El rey Aben Abed partió á Sevilla para prevenir provisiones y muchos regalos para los Almoravides que venian á su socorro , y dada orden en las cosas de Algecira marchó Juzef con su hueste hácia Sevilla. Algunos dicen que el rey Aben

Aben encontró al rey Juzef á una jornada de Algecira, y al llegar delante de él hizo demostracion de apearse por cortesía para besarle las manos; pero Juzef no lo consintió, adelantándose á saludarle, y luego fueron juntos en conversacion, platicando largamente de los negocios de la guerra, y entreteniéndole con ingeniosas palabras por el camino. El ejército gozaba por el camino de buenos alojamientos y provisiones en abundancia, que todo estaba prevenido por el rey Aben Abed, y se repartian con mucho concierto conforme la calidad y nobleza de cada persona. No cesaba el rey de Sevilla de admirar la muchedumbre de escogida gente que traia el rey Juzef, y tenia por cierto desde entónces que sería muy ventura esta jornada contra el rey Alfonso.

La fama de esta venida de los moros Almoravides voló al campo y hueste del rey Alfonso que estaba sobre Zaragoza, y luego levantó el cerco pensando salir al encuentro del rey de los Muslimes. Hubo Alfonso su consejo con sus caudillos, y escribió al rey de los Cristianos Aben Radmir, maldígale Alá, y al Barhanis, que el primero tenia cercada Medina Tartuxa, y el segundo andaba en tierra de Valencia, y los dos vinieron con sus gentes en su ayuda y se juntaron con él. Asimismo envió á llamar sus gentes de Gelalikia, Castilla y Bayona, y le vino de todas estas provincias gentío innumerable; y cuando estas tropas de Infieles se juntaron con las del rey Alfonso, y los tuvo en sus manos, congregó sus caudillos y condes, y convinieron en que convenia salir al encuentro al rey Juzef Aben Taxfin, y al ejército de los Almoravides.

El rey Juzef y sus Almoravides llegaron á Medina Sevilla, y el ejército se detuvo en ella ocho días, no solo por descansar sino tambien para prevenir lo necesario para la jornada, y los amires de Andalucía man-

daron á sus gentes que acudiesen á la hueste, camino de Badalyos, y de todas las provincias se congregaron los musulimes de España; solo se escusó el amir de Almería, porque tenia cerca de sí un fronterero Cristiano que le daba cuidado. Envió el rey de Algarbe á su hermano Almostanser para prevenir provisiones por aquella tierra para los hombres y para los caballos. Y como ya estuviesen todos los amires y cabezas de las ciudades con sus banderas, se despidió la gente que parecia inútil para pelear; y luego moyó la hueste de Sevilla: la delantera la conducia él mismo, y por mano de su cáudillo Abu Zuleiman Daud ben Aixa con diez mil caballos Almorayides: seguian los amires de España Almutamed, Muhamad Aben Abed de Sevilla, Balkin ben Habux rey de Granada, Aben Muslama señor de Almatgar la alta, Aben Dilnun Yahye señor de Valencia, Omar ben Alafxas rey de Algarbe: los walies Ben Azun, ben Gadun, y ben Zaidun; y mandó Juzef que todos estos amires y señores fuesen en una sola hueste con sus Andaluces, y que los cacaudillase Aben Abed rey de Sevilla, y el ejército de los Almorayides formaba otra hueste aparte, y así caminaban de manera que el lugar que dejaba Aben Abed por la mañana, le ocupaba á la tarde Juzef con sus Almorayides; y así continuaron sus marchas hasta que llegaron á Medina Artuxa, donde se detuvieron tres dias.

12 Cuéntase que antes de salir de Toledo el rey Alfonso vió en sueños una espantosa vision que le puso mucho temor, y la vió no una vez sino muchas. Pareciale pues en sueños estar á caballo sobre un elefante; y que á su lado estaba colgado en alto un atambor, y pareciale que estando allí pendiente él mismo lo tocaba y hacia prodigioso estruendo, de lo cual tomaba tanto temor y espanto que luego despertaba atónito y despavorido; y como esto no fuese sueño de una no-

che sino de varias, le pareció ser cosa considerable; y aunque sabia que los sueños por lo común son especies vanas que proceden de diversas causas naturales que excitan la imaginacion; con todo eso pensó que muchas veces suele Dios representar estas cosas grandes á las almas en aquel estado de reposo y quietud, dando así como vislumbres de las cosas y grandes acaecimientos futuros. Así que como una noche le hubiese despertado esta vision con mucho sobresalto y angustia, estuvo desvelado y con inquietud hasta que fue de dia; y luego que amaneció mandó llamar á sus mayores letrados y sabios de los Cristianos; obispos; clérigos y rabinos de Judíos sus vasallos, por parecerle que estos son mas dados á estas adivinanzas é interpretaciones de sueños. Venidos á su presencia el rey les hizo cumplida relacion de su ensueño; contándole con mucha proligidad y muy por su orden, y añadió: lo que en esto más me maravilla y espanta es la extrañeza del elefante; animal que no se cria ni le hay en nuestras tierras; y además, aquel atambor que vi, no es de la forma y figura de los que usamos y hemos visto en España: todo esto me maravilla; y así mirad que puede ser esto; y que significa, y avisadme luego de ello. Los sabios se retiraron y consideraron aquella vision y ensueño; y venidos en presencia del rey; le dijeron: señor este tu ensueño y vision significa que vencerás este grande ejército que los Muslimes han juntado contra ti; y que despojarás sus reales; y te apoderarás de las riquezas que traen consigo; que ocuparás sus tierras; y volverás victorioso con muy honrada y gloriosa fama; que divulgará tu triunfo por todas partes; pues el elefante en que te parecia venir cabalgando es este rey Juzef Aben Taxfin; señor de las dilatadas tierras de Africa; el cual; así como el elefante; se ha criado en sus desiertos; y ha salido de ellos para que tu le

venzas y subas sobre él; á pesar de su gran poderío, y el extraño atambor que tocabas; significa la extraña y singular fama que se esparcirá y oirá en todo el mundo de tu insigne victoria! Con atencion habia escuchado el rey aquella declaracion; y acabando de oirla le dijo: pareceme que vais muy lejos de la verdadera declaracion de mi ensueño; que me da el corazon; y cierto que no suele engañarme; anunció que espantan y atemorizan; y diciendo esto volvió la cabeza á unos caballeros musulimes; vasallos suyos que allí en la sala estaban; y les dijo: sabeis vosotros por ventura de algun alime de vuestra nacion que entienda de interpretacion de ensueños? y le respondieron que sí; que allí en Toledo habia un sabio que enseñaba en una mezquita; que lo haria á su satisfaccion. Mandóles que le trajesen á su presencia que deseaba verle y hablar con él sobre este negocio. Fuéronle á buscar; que era el faki Muhamad ben Iza; que era natural de Magama; y le dijeron como el rey le llamaba y deseaba ver. El les preguntó si sabian para que le llamaba: ellos le dijeron lo que en el caso habian entendido; y que el rey deseaba que le declarase su ensueño; y el faki les dijo: no quiera Dios que yo pisé los umbrales de un infiel para ese fin; y como le ponderasen cuanto convenia á su honor ir á la presencia de tan poderoso rey, el faki les dijo: Dios es mi señor y mi amparador; y en sus manos está el mal ó bien que puede sucederme. Los caballeros viendo su determinacion se disgustaron mucho; y para no causar desabrimiento al rey por donde al sabio viniese mal; le escusaron con el rey diciéndole: señor es un hombre humilde y faki austero; y estos tales no tienen por lícito el entrar en los palacios y casas de los grandes; y puesto que esto es una delicadeza de su ley; de su humildad religiosa; parece disculpable: así que si á V. A. parece; nosotros con

vuestra licencia contaremos al sabio el ensueño, y traeremos la declaracion que hiciere, que esperamos será verdadera. El rey fue contento de ello, y les hizo relacion de su sueño y vision, y con esto volvieron al faki Muhamad ben Iza de Magama, que estaba leyendo en la mezquita que estaba dentro de Toledo, que era almocri de ella, y le contaron por extenso la vision del rey, y le rogaron que la meditase porque era cosa grave y de mucha importancia el satisfacer al deseo del rey. El faki despues de sus meditaciones les dijo: id al rey y decidle que el cumplimiento de su vision y ensueño está muy cercano, y que significa que será vencido con torpe vencimiento y gran matanza, y que huirá con pocos de los suyos, y que la victoria será de los Muslimes, y que esta declaracion se saca del honrado Alcoran en donde dice: ¿no veis lo que hizo vuestro Dios á los del elefante, no hizo que se deshiciesen en nada y envileció sus malvadas intenciones? ¿no envió sobre ellos los pájaros de Babil? Palabras son estas, dijo el faki, que declaran la derrota y vencimiento del rey de los abexies Abraham cuando subió con poderosa hueste contra Arabia intentando destruir la casa de Dios Alharam, para lo cual venia cabalgando en un enorme elefante, y envió Dios los pájaros de Babil, que con piedras de ardiente fuego destruyeron aquel ejército, y desbarataron los intentos vanos del rey de Etiopia, convirtiendo su pompa y soberbia en vileza y polvo; y aquel atambor que el rey dice que pendia colgado en alto y que él mismo lo tocaba, este significa que aquel dia en que se oirá el estruendo de los atambores y trompetas, será dia espantoso, horrible y de daño atroz para los Infieles. Llevaron esta declaracion al rey que demudó el color al oirla, y les dijo: pues por Dios que si ese vuestro alfaki me miente que yo le haré que sirva de escarmiento... y dicen que cuando el

alfaki oyó luego esta fiera amenaza del rey que la desprecio, y dijo: ni el rey ni nadie puede ofenderme sin la voluntad de Dios.

CAPITULO XVI.

Batalla de Zalaca.

Como el rey Alfonso hubiese allegado sus gentes, que era chusma innumerable, y mas de ochenta mil caballos, de ellos los cuarenta mil eran de grave armadura, cubiertos de hierro, y los otros que parte de ellos eran Arabes, que le servian como treinta mil, eran de caballeria ligera, pues venian en su campo muchos musulimes, partió al encuentro del rey Juzef, y quando ambas huestes se acercaron y pusieron sus campos cercanos en tierra de Badalyoz, en el bosque y llanos que llaman de Zalaca, á quatro leguas de aquella ciudad, dispuso Almutamed rey de Sevilla, que se pudiesen en dos campamentos apartados para mayor terror y espanto del enemigo, que en verdad era espectáculo que atemorizaba. Pasaba entre los Cristianos y los Muzlimes el rio de Badajoz, que llamaban Nahar-Hagir, y bebian de sus aguas ambos ejércitos. Dicese que entonces escribió el rey Juzef una carta al rey Alfonso, otros dicen que la escribió en Medina Artuxa, en que le proponia una de tres cosas, ó que se hiciese muslim dejando la fe de Cristo, ó que se hiciese su vasallo pagándole tributo cada año, ó que se dispusiese á la batalla; y le decia tambien: oido he, rey

Alfonso ; que deseabas tener naves para pasar á mis tierras en busca mia ; ves pues aquí que te he ahorrado de ese trabajo ; y vengo en persona á buscarte en las tuyas ; y Dios nos ha juñado en este campo para que veas el fin de tu presuncion y de tu deseo. Escrita y enviada esta carta ; cuando llegó á manos de Alfonso contaba el enviado que luego que la leyó la arrojó al suelo muy encolerizado ; y con gran saña y altanería dijo al mensagero : ve y di á tu amir que no se oculte , que en la batalla nos veremos. Hubo despues entre los ejércitos y los caudillos muchas demandas y respuestas sobre el orden y dia de la batalla ; y en esta ocasion dicen que escribió Alfonso una carta cautelosa al rey Juzef diciendole en ella ; que por ser viérnes el dia siguiente y fiesta para sus muslimes ; seria bien que no se diese en él la batalla ; que luego el siguiente era sábadó fiesta tambien para los judíos ; de los cuales habia muchos en su hueste ; y que no era justo que atropellasen su fiesta ; que por consiguiente tampoco se debia dar la batalla en aquel dia : que despues el otro que seguía era el domingo fiesta de los Cristianos ; y no convenia dar la batalla en él por la misma razon : que esperasen que llegara el lunes ; en el cual de comun acuerdo podian trabar su batalla ; y pelear de poder á poder sin ningun escúpulo. Decia esto porque pensaba enganar á los Muslimes ; y dar en ellos de sobresalto cuando menos pensaran. El rey Juzef con acuerdo de los amires de Andalucía le respondió ; que se hiciese como el rey Alfonso queria ; y que se diese la batalla el lunes catorce de la luna de regeb del año quatrocientos setenta y nueve. El 1086 rey de Sevilla dijo al rey Juzef que estuviese atento y preparado para la pelea ; que el enemigo era muy artero y astuto en las extratagemas y engaños de la guerra. Venida la noche del dia de regeb ; repi-

tió Aben Abed sus avisos y exhortaciones para que todos estuviesen listos para la pelea, y envió espías y campeadores á caballo hácia el campo enemigo, para que anotasen sus movimientos, y anunciassen con diligencia cuanto vieses: y en esto se ocupó hasta el alba del dia algiuma, y estando Aben Abed en la azala Asohbi, que ya queria amanecer y alboreaba el dia, descubrió que venia corriendo un espía de los campeadores que andaban oteando el campo enemigo, y le dijo: Muley, ya el enemigo principia á moverse contra los Muslimes con un gentío innumerable como espesas bandas de langosta, y luego envió este aviso al rey Juzef, y dicen que en este punto consultó Aben Abed, á un su astrologo que levantó figura, y le dijo: Muley, será este dia muy infausto si los musulimes entran en batalla, y esto no quiso Aben Abed decirlo al rey, ni á los otros amires por no atemorizarlos, ni que le tuviesen por tímido que miraba en estrellerías. El aviso de Aben Abed halló al rey Juzef en sus estancias listo y preparado para la batalla, repitiendo sus exhortaciones y que nadie habia dormido en su campo aquella noche: y envió á su caudillo Almudafar Davud ben Aixa, con gran tropa de ballesteros, y su delantera de caballería de los Almoravides que habia escogido para vanguardia. Este Davud ben Aixa era muy esforzado caballero, que no tenia par entre los Muslimes en denuedo y ánimo, y era muy ejercitado en los trances peligrosos de las batallas.

Habia el enemigo de Alá, el tirano Alfonso, dividido su ejército en dos hazes, y envió su delantera contra los Muslimes pensando tomarlos desprevenidos, y se adelantaron sus campeadores mas esforzados, y trabaron escaramuza con los de Ben Aixa que fueron poco venturosos, y se retiraron con harto mal suceso. Vueltos unos y otros á sus almafallas y ordenanza, po-

cas horas despues se comenzó á oír nueva gritería, es-
truendo de gente y trompetas; y mandó el rey de Se-
villa á su astrólogo que hiciese observacion de nuevo,
y en aquel punto la halló muy próspera y que ofrecia
gloriosa victoria á los Muslimes, y luego envió este
anuncio al rey Juzef en cuatro versos, que era Aben
Abed, excelente poeta:

Ira de Dios á la cristiana gente,
cruda matanza por tu espada envia,
el cielo anuncia el hado de victoria,
y á los Muzlimes venturoso dia.

Entonces el rey Juzef que se habia apesadumbrado
mucho con el suceso de la escaramuza, se animó con
esta nueva; y luego rodeó á caballo toda su gente, y
se holgó de verlos en aquel punto tan ganosos de pe-
lear. El rey Alfonso movió su delantera, y acometió
contra la hueste musulmica de Juzef que acaudillaba
Davud ben Aixa, y se trabó sangrienta y atroz pelea.
Mantuvieron con fuerte corazón los Muslimes aquel
terrible encuentro, y el enemigo de Dios los arrollaba
y atropellaba con la muchedumbre de su gente, como
si fuesen una creciente ú avenida, y tan juntos y tra-
bados estaban que se herian y despedazaban con las
espadas, porque ya las lanzas rotas eran inútiles. La
segunda hueste del tirano Alfonso la mandaban y con-
ducian Albar Hanis y Garcia Aben Radmir, y estos la
llevaron y dejaron caer con impetu sobre el campo de
Aben Abed y de los otros amires de Andalucía, y los
rodearon y cubrieron que no se veian unos á otros, co-
mo las sombras de la obscura noche cubren y ocultan
las cosas; y los Muslimes se tuvieron por perdidos y
comenzaron á retraerse, y en fin los pusieron los Cris-
tianos en desordenada fuga hácia Badajoz. Solos man-

tenian con valor la pelea sin volver la cara los caballeros de Sevilla, que acaudillaba el animoso y valiente Aben Abed su rey; y peleaban como heridos leones rodeados de la multitud que sobre ellos solos cargaba la fuerza y peso de los mas valientes enemigos, y manifestaron aquel dia su heroico valor y bárbara constancia. Llegó aviso á Juzef ben Taxfin del rompimiento calamitoso encuentro de los Andaluces y la desordenada fuga, y como Aben Abed y Aben Aixa mantenian con sus valientes compañías el mayor tropel de la batalla, muriendo allí muchos nobles muslimes como buenos y esforzados varones: y envió á su caudillo Sir ben Abi Bekir con las cabilas alarabes de los Muslimes Zenetes, Masamudes y Gomares, y otras cabilas Berberies que estaban en su campo de prevencion para que volasen al socorro de Daud ben Aixa su caudillo, y del esforzado rey de Sevilla Aben Abed, y el mismo Juzef se adelantó con su guardia Lamtuna y cabilas almoravides, zenetes y zanhagas, dirigiéndose á los reales y tiendas del rey Alfonso, que estaba muy ocupado y revuelto en lo mas recio de la batalla, y estaban los reales con poca guardia: acometieron á las tiendas y las entraron sin mucha resistencia, atropellando y despedazando á los caballeros que las defendian, y tambien entraron en el pabellon de Alfonso, y pusieron fuego al campo por diversas partes. El rey Alfonso andaba en lo mas ardiente de la batalla y tenía ya vencidos y desbaratados á los de Aben Aixa, y sus gentes huian llenas de confusion: cuando la caballeria de Alfonso encontró á los de su campamento que venian á refugiarse á ellos, huyendo del rey de los Muslimes Juzef, que con su tropa de retaguardia á tambor batiente y banderas desplegadas los acosaban y perseguian, y los valientes Almoravides destrozaban con sus espadas á los Infieles, y sedientos de su sangre se abrevaban en

los lagos que de ella se hacian. Quemaron las tiendas de los Cristianos y cuanto habia en su campamento, y robaron su haram y sus riquezas, que aquel dia fueron pródigos; tal era su liberalidad que las derramaban como su propia sangre. Entónces revolvió Alfonso su delantera contra él en órden terrible de batalla, y sus tropas acometieron impetuosas á las del rey Juzef, y se renovó la mas reñida y sangrienta pelea entre ambos ejércitos con tanta saña y atroz matanza, que nunca se vió ni oyó semejante. Andaba el amir Juzef entre los escuadrones de los Muslimes exhortándolos á la constancia y animándolos á la pelea y camino de Dios, y les decia: ¡oh compañías de los Muslimes, ánimo! Ea, buen ánimo en esta pelea y santo Alghihad que Dios ha numerado ya y disminuido á los Infieles, y el premio de vuestro martirio es el paraíso, y los que han muerto en esta pelea ya gozan en la bienaventuranza delicioso galardón y eternos premios. Y al mismo tiempo peleaba bravamente por su persona, y andaba ya sobre el tercer caballo que no esquivaba los mayores peligros. Todos los Muslimes pelearon aquel dia como deseando la corona del martirio, y asi parecia que buscaban con ansia la muerte. El rey Aben Abed y su esforzada caballeria contendian peleando desesperados de vivir porque no sabian el estado de la batalla: y cuando de improviso vieron derrotados á los Cristianos, y que despedazaban y herian sus espaldas los alfanjes moriscos, dijo Aben Abed á los suyos: ea amigos, á ellos que Dios los ha contado: y apretaron contra los Cristianos con nuevo esfuerzo, y siguieron acaudillados por Sir ben Abi Bekir, y con los que le seguian de las tribus alarabes de zenetes, masamudes y gomares, que renovaron la batalla y acabaron la derrota de las huestes cristianas, y se recobró la gente que habia huido con desórden al principio de la batalla, y

se habia refugiado hácia Badajoz, que todos estos cuando entendieron que Amir Juzef ben Taxfin habia venido y llevaba atropellados á los Infieles, unos tras otros, y taifa tras taifa, volvieron al campo de batalla y renovaron la sangrienta lid contra Alfonso, hasta que de todo punto quedó vencido; pero no cesó la horrible matanza hasta puesto el sol.

Cuando el enemigo Alfonso vió llegada la noche y que todo su ejército estaba destruído, muertos sus mas esforzados campeadores, considerando el valor de los Muzlimes Almoravides, y la íntima union de los Muzlimes en sus guerras sacras, conoció que no le quedaba otro remedio que la fuga, y que no debia ni le convenia probar otra vez la infausta suerte de la batalla: así que desesperado sin camino ni vereda cierta; huyó delante de los Muzlimes con quinientos caballeros, sin dejarlos de perseguir los vencedores Almoravides espada en mano (1); hiriéndolos por los montes y por los valles, y en todas partes espigaban como las palomas espigan los granos, hasta tanto que se les entrecruzó la noche con su negro y tenebroso yelo. Aquella noche pasaron los Muzlimes sobre los destrozados cadáveres de los cristianos, y despojaron y cautivaron y amontonaron los despojos y armas de los vencidos, cantando alabanzas á Dios por su favor y amparo, y así estuvieron hasta la hora del alba, y la azala de Asohbi se hizo enmedio del campo de batalla.

Fue esta de las mas crueles y horribles matanzas, y la mas estupenda que Dios ha hecho en sus enemigos: en ella murieron los mas nobles señores de los Infieles, sus defensores y auxiliares mas esforzados, sin

(1) Dice Muhamad Abdelaziz que era de la casa de Aben Abed, que un negro esclavo del rey Juzef hirió con su gambea al rey Alfonso en un muslo, y que el mismo rey decia: me ha herido con una hoz.

salvase de ellos sino el tirano Alfonso con una corta compañía de caballeros que pudieron apenas huir por la ligereza de sus caballos, de los cuales murieron despues muchos de sus heridas, tanto que entró el rey Alfonso con cuatrocientos caballeros en Toledo, y algunos ciento de su familia y propia guardia: fue este venturoso y feliz dia viérnes (1) catorce de regeb del año quatrocientos setenta y nueve.

1086 En él anticipó Dios los premios de la fé y del martirio, como á tres mil Muzlimes, y mandó amir Amuminin cortar las cabezas á los cadáveres de los cristianos, se allegaron á su presencia en montones como torres; y cuenta el faki Abu Yahye que oyó á muchos Muzlimes que se hallaron presentes á esta gloriosa batalla, que se juntaron tantas cabezas de los cristianos muertos, que amontonadas al rededor de la mas larga lanza que habia en el real incada en el suelo la cubrian y sobrepujaban, y tambien escribe Abu Meruan que se halló en esta batalla, que contándose las cabezas por curiosidad delante de Aben Abed rey de Sevilla, se contaron hasta veinte y quatro mil cabezas; pero Abdel Halim refiere, cosa que parece increible, que el rey Juzef envió de aquellas cabezas diez mil á Sevilla, diez mil á Córdoba, diez mil á Valencia, y otras tantas á Zaragoza y Murcia, y que envió á Africa cuarenta mil cabezas, que se repartieron por las ciudades para que las gentes las vieran, y dieran gracias á Dios por el favor grande que les habia hecho, amparándoles y concediéndoles tan importante y famosa victoria, y añade que sería el número y suma de los Infieles, á buena cuenta, ochenta mil caballos y cien mil peones, y de estos los mas perecieron sin escapar sino muy pocos, y Alfonso con cien caballeros, que con tan estupenda victoria humilló Dios la soberbia de los Infieles en Es-

(1) Abdelkalim dice en la segunda decada de regeb.

paña, tanto que no pudieron levantar cabeza en casi setenta años.

En este dia se apellidó Juzef bèn Taxfin amir amuslimin, que antes no fue así llamado, pues por su mano ostentó el señor triunfante el Islam, y dió esfuerzo á su puebló, y escribió Juzef esta señalada victoria á la otra vanda, y á Temim el Man señor de Almedina, y se publicó y divulgó la venturosa nueva con mucha alegría en todas las tierras de Africa, Almagreb y España, y cundió la fama á todas tierras de Muzlimes, y las gentes acrecentaron su fervor, caridad y celo, y dieron gracias á Dios por tan singulares beneficios. La carta de lo acaecido en este dia que envió á la otra vanda el amir Juzef decia.

CAPITULO XVII.

Relacion de la victoria de Zalaca enviada por Juzef á la otra vanda, y por Aben Abed á Sevilla.

Supuesta la loa á Dios Altísimo, celoso defensor de su ley: las bendiciones y engrandecimientos de felicidad, y perfeccion á nuestro señor Muhamad su excelente enviado, la mas noble y honrada criatura etc. Al enemigo de Dios y tirano, maldígale Alá: luego que nos acercamos á su campo y concertamos lo que convenia, le anunciamos nuestra determinacion, y le hicimos nuestra propuesta dándole á escoger una de tres cosas, el Islam, el tributo, ó la guerra, y él prefirió la guerra. Habiamos nosotros convenido en que la bata-

lla se diese el dia lúnes doce de la luna de regeb, y nos dijo: el viénes es fiesta de los Muzlimes, el sábado de los Judios, y en ambos nuestros ejércitos hay muchos: el domingo es nuestra fiesta. Convenimos pues en el dia; pero este tirano y sus gentes no guardaron (como acostumbran) sus palabras y conciertos, cosa que nos acrecentó el furor y justa saña para la pelea, y desconfiando de ellos les pusimos campeadores y espías que oteasen sus movimientos y nos avisasen de su estado. A la hora del alba del dia viénes doce de regeb dicho; nos vino nueva de como el enemigo ya movia su campo contra nosotros, y se prevenia para su ruina. Entonces se adelantaron á salir contra ellos los Muzlimes mas valientes, y les principiaron á causar desmayo antes de desmayo, y comenzaron á numerarlos antes de numeracion, y voló el ejército Muzlim contra su ejército como las águilas sobre su presa, y con su caballería los pararon con acometimiento de bravos leones. Movimos nuestras insignias de felicidad y de victoria y de inclito martirio, y vieron atemorizados y llenos de espanto la hueste Lamtuna acometer contra Alfonso; y cuando los cristianos miraron sobre si nuestras banderas de fé y de victoria, y la caballería gloriosa nuestra vencedora los deslumbró con desmayo al rayo del espanto y de la turbacion, y los asombró la nube tempestuosa de nuestras lanzas, y cayeron en las hoyas que sus feroces caballos cavaban al trueno estruendoso de los atambores. En este lazo cayeron los cristianos y su tirano Alfonso, que trataba de engañar con sus estratagemas á los Muzlimes; pero los Almora-vides esforzados les acometieron á las claras. El alto torbellino del viento impetuoso de la batalla, y las espadas montando en sangre, que las lanzas con penetrantes botes sacaban de las profundas heridas que abrian, formaban copiosos rios de sangre, y sobre ella

se abrian paso en nombre de Alá poderoso y excelso defensor, y cada uno de los valientes campeadores ofrecia al de Afranch y al maldito Alfonso copiosos raudales que les podian servir para hartarse de sangre y nadar en ella los cuatrocientos caballeros que de ochenta mil y de cien mil peones le quedaron, gentío que trajo Dios á la Almara para molerlos y esprimirlos, y quiso Dios librar á unos pocos malditos en un monte para que desde allí viesen su calamidad. ¡Oh mal espectáculo! y buena prueba de paciencia y de indignacion rabiosa y desesperacion irremediable por ser imposible la venganza, sin quedar mas que el vano recurso y miserable del Guái de Alfonso, que no halló mas remedio en su desventura que ocultarse en las tinieblas de la obscura y atezada noche. El amir de los Muzlimes, el defensor de la santa guerra, el numerador y destruidor de los ejércitos enemigos dadas gracias á Dios con bendita seguridad acampaba sobre el carro del triunfo y de las victorias y á la sombra de las vencedoras banderas insignias del amparo y de la gloria. Ya los caudalosos rios, el Nilo de las algaras arrebató impetuoso sus edificios y fortalezas, tala sus campos, y encadena sus cautivos, y mira esto con ojos de complacencia y de alegría, y Alfonso lleno de rabia con desmayados y tristes y vestiginosos ojos. De los amires de España solo Aben Abed rey de Sevilla no volvió la cara al temor de la cruel matanza, y se mantuvo peleando como el mas esforzado y valiente campeador, como el principal caudillo de los Muzlimes, y salió de la batalla con una leve herida en un lado para gloriosa reliquia de la estupenda accion en que la recibió. Alfonso amparado de las sombras de la obscura noche se salvó huyendo sin camino cierto ni direccion, y sin dar sus tristes ojos al sueño, y de los quinientos caballeros que con él escaparon los cuatrocientos perecieron en el camino, y

no entró en Toledo sino con ciento. Gracias á Dios por todo esto.

Fue este singular favor y gloriosa victoria de Zalaca

1086 dia viérnes doce de regeb del año cuatro-

cientos setenta y nueve, correspondiente al

dia veinte y tres del mes de octubre agemi. Alebata y

Aben Gembur y otros buenos poetas celebraron en

elegantes versos esta victoria, y en verdad que aquel

dia no se portaron bien los amíres de España, y solo

Aben Abed fue de ellos el que mereció alabanza y eter-

no nombre; y lo mismo los caballeros Sevillanos que

acaudillaba, pues él y los de su compañía hicieron

proezas admirables. Algunos dicen que Aben Abed sa-

có seis gloriosas heridas, y él mismo hace memoria de

ésto en unos versos que escribió poco despues á su hijo

Raxid; y asimismo cuentan que aquel dia á puestas del

sol en tanto que Juzef y los Almoravides seguian el al-

cance á los fugitivos cristianos, que el rey de Sevilla

se quedó en su pabellon por causa de sus heridas, y

con el contento y gusto de la victoria tomó un papel

estrecho de un dedo y escribió en él el suceso de la ba-

talla á su hijo Raxid que estaba en Sevilla con estas

breves palabras: á mi hijo Raxid que Dios le haga

cumplido de su gracia. Se encontraron los ejércitos

muzlimicos con el soberbio Alfonso, y Dios ha dado la

victoria á los Muzlimes venciendo por sus manos á los

infielcs, gracias á Dios por ello, que es el sustentador

de todas las cosas: haz saber esta nueva á todos los fie-

les que contigo están. Salud. Luego cerró esta cédula

y la ató debajo del ala de una paloma que habia traido

consigo desde Sevilla para este fin, y sirvió de mensa-

sagero de esta gloriosa nueva.

Dice Yahye que estaban en Sevilla con harto cuida-

do y suspensos, deseando saber el suceso de las gen-

tes, cuando vieron venir el mismo dia la paloma al al-

cázar de Aben Abed, tomáronla y quitaron la cedulilla que traía en el ala, y fue leída á todo el pueblo en la mezquita mayor, y toda la ciudad se llenó de alegría y comenzaron á hacer gran fiesta y regocijo y dieron gracias á Dios, y á pocos dias llegaron relaciones mas por estenso, y el mismo Aben Abed escribió á Sevilla, y asimismo Metuakil ben Alastas, y Almudafar, y Abdala rey de Granada y los demas amires cada uno á los suyos enviaron relaciones y cartas de la victoria que se divulgó en breve por todas partes.

La carta de Aben Abed decia: la alabanza á Dios:

1086 Venido el dia doce de regeb del año cuatrocientos setenta y nueve manifestó Dios un decreto de su eterna voluntad, escrito con caracteres resplandecientes de divino fuego en la tabla de los hados. Este decreto nos abrió las puertas para que saliésemos de angustias y tribulaciones, y por donde entramos en nuevas venturas y felicidades. Concediéonos el misericordioso, el liberal, el aceptador de la contrición, el perdonador de los pecados que encontrásemos al arrogante enemigo: principió con engaño y falsía á ofendernos, y cayó en el mismo lazo que nos armaba; destinacion divina de la eterna justicia: y su precipitada falsía nos fue presagio de felicidad y de ventura: aura de victoria y de felicidad lleno de suave fragancia fue para nosotros su engaño, que no puede disipar ni oscurecer la falsía. Nuestros Muzlimes preparan sus armas resplandecientes como estréllas, encubiertan sus caballos con cobertores de seda, y esperan con impaciencia la venida del dia en que se mezclarán y envolverán con sus enemigos, sedientos de abrevarse en lagos de enemiga sangre. Llegó al fin la aurora de la felicidad que nos hizo venturosos, apareció llamándonos desde las alturas de la salud y como que nos escitaba y decia; amaneció, amaneció, y de aquí á poco saldrá el

sol, sus resplandecientes rayos abrasarán á los infieles que no hay sombra ni amparo que los cubra ó defienda del resplandeciente fuego de este dia. No alboreó jamás aurora mas brillante para los Muzlimes; ordenáronse las haces, los caudillos y valientes comenzaron á ponerse bien, y ajustamos los cabos de las tocas de los turbantes, no sin algun movimiento y sobresalto del corazon; hicimos nuestra breve profesion de fé, y en aquel punto resplandeció la tierra y tembló debajo de nuestros pies al resplandor de la victoria, que fue dada por Dios al ejército suyo; amparo divino que no puede esplicar humana lengua ni cabe en entendimiento criado. En los primeros encuentros hubo un asomo de vencimiento y perdicion de los Muzlimes, que el ímpetu de la muchedumbre enemiga los arrebató como impetuosa avenida de corriente rio, y entonces muchos nobles Muzlimes perecieron al furor enemigo, mas despues de este terrible trance hizo Dios que la victoria descendiese sobre nuestras banderas, y los filos de las espadas muzlimicas segaron copiosas mies de gargantas infieles. Anunció Dios la victoria, prometió buena suerte, y Dios no es vano prometedor, y cumplió bien cabal la promesa. Considerad esta felicidad, alegraos con ella como nosotros y dad gracias al vencedor, que ninguno es vencedor sino Dios, ni hay fuerza ni poder sino en él, y decir: gracias sean dadas á Dios criador y sustentador de todas las cosas, por la felicidad en que amanecemos y anohecemos.

Esta batalla de Zalaca fue la mas próspera y venturosa que alcanzaron los Muzlimes desde la batalla de Yarmuz y el dia de Cadisia, y la batalla de Zalaca ó resbaladero fue ocasion de la firmeza del Islam en Andalucia, y donde antes resbalaban los pies y se deslizaban en el camino de Dios, se afirmaron y volvieron sobre sí del deleznable estado que antes tenian.

CAPITULO XVIII.

Vuelta de Juzef á Africa. Correrías de los Almoravides, y de Aben Abed. Toma de Huesca por los Cristianos, despues de la victoria de Alcoraza. Segunda venida de Juzef.

Cuentan que pocos dias despues de esta victoria en tanto que se repartian los despojos que allí se ganaron, así de ropas como de armas, espadas doradas, ricos tahalies, lanzas preciosas tachonadas de marfil y plata y otras cosas, vino al campo nueva de Africa de como habia muerto en Marruecos Abu Bekin Seir, hijo del rey Juzef que habia quedado gravemente enfermo. Por esta causa el amir se entristeció mucho, y se templó entre los Muzlimes la grande alegría de la victoria. Así pues, sin dilacion dispuso su vuelta para Africa, que sino fuera por este acaecimiento no se tornára. Dió el mando de sus Almoravides para continuar en España á su caudillo Syr ben Abi Becir, y luego partió para Africa, se embarcó y pasó á Marruecos, donde de se estuvo hasta el año cuatrocientos ochenta.

El ejército de los Almoravides corrió las fronteras de Galicia, recobrando pueblos y fortalezas que habian tomado los Cristianos, y los acompañaba el rey de Badajoz Aben Alaftas. Syr ben Bekir el mas astuto de los Almoravides, y de quien mas fiaba su señor Juzef Aben Taxfin observaba la disposicion de la tierra y el estado de los pueblos y fortalezas, y en esto pasó hasta el

año cuatrocientos ochenta. El rey de Sevilla Aben Abed que entendia mejor que los otros lo que pedia la ocasion trató de aprovecharla en su favor, y con un campo volante de caballería entró corriendo la tierra de Toledo, y ocupó pueblos y fortalezas que por su causa y alianzas tenia el rey Alfonso; así cobró las fortalezas de Uklís, Huebte, Cuenca, Conseura y otras. Dió vuelta á tierra de Murcia y en lo de Lorca le salieron al paso ciertas compañías de caballeros Cristianos que pelearon con él y le desbarataron con harta pérdida, y éstos eran los alcaldes fronteros que por allí tenia el tirano Alfonso. Refugióse Aben Abed á Lorca, en donde le recibió bien su gobernador Muhamad ben Lebun, hijo de Isá que tenia por él aquella ciudad, y habia servido y peleado como bueno en la batalla de Zalaca. Allí estaba con él su esforzado amigo Husein Aben Zerag, el que reprendió á Abu Becar ben Alcabortorna, porque siendo muy valiente caballero se detuvo en Badajoz durante la batalla de Zalaca. Hizo poco efecto en tierra de Murcia la entrada de Aben Abed en esta ocasion, porque los Cristianos se habian apoderado de la fortaleza de Alid á doce millas (1) de Lorca, que es fuerte á maravilla puesta en una peña tajada y sobre un alto y escarpado monte, y cuando el rey Alfonso lo supo mandó ir á ella muchos ballesteros y la flor de sus campeadores para que mantuviesen y corriesen la tierra, talando los campos, robando los ganados y quemando los pueblos, y cautivando y matando á los infelices moradores. Las algaras que desde allí hacian eran mas terribles que las tronadoras tempestades, y por toda la tierra de Murcia llevaban la desolacion y estragos, sangre y fuego que todo lo destruían.

1087 En fin de la luna de rabii postrera del año cuatrocientos ochenta salió el rey Juzef de

(1) Camino de medio dia, dice Yahye.

Marruecos, y recorrió y visitó la tierra de Almagreb, informándose del estado de las ciudades y de su gobierno; y oía las quejas de sus vasallos y cuanto convenia á la administracion de justicia y buena policia. En tanto que en esto se ocupaba, sus Almoravides continuaban sus algaras en tierra de Galicia, y hacian cautivos, y tomaban pueblos y fortalezas.

El rey de Zaragoza Almustain bila Abu Giafar cuando creia descansar, y que los Cristianos escarmentados en Zalaca le dejarian gozar de la felicidad de aquella victoria se vió acometido de muchedumbre de infieles que acaudillaba el tirano Aben Radmir. Salió contra él con cuanta gente pudo allegar que serian veinte mil hombres entre caballeros y peones, gente muy esforzada y robusta, columnas del islam. Encontráronse estas tropas con las del tirano Aben Radmir que eran igual número entre caballos y peones. Fue el encuentro de estas dos huestes, decia Ben Hudeil, cerca de Medina Huesca, fronteras de España oriental, fortifiquelas Dios y amparelas. Estaban ambos ejércitos muy confiados cada uno en su poder y en el valor y destreza de sus caudillos, hijos de la guerra, leones embravecidos. Presentáronse la batalla, y al principio de ella dijo Aben Radmir, destrúyale Dios, á sus principales campeadores: vosotros me habeis de decir quién de los valientes Muzlimes, que conoceis como nos conocemos asiste y se presenta en la lid, y quién de ellos buscado y llamado se oculta ó falta: y luego dijo á otros nombrando á siete por sus nombres, fulano y fulano atenderán en nuestra hueste á los valientes que en esta batalla se distinguan, y si los conocidos por sus proezas se portan en esta ocasion como les corresponde, y hacen lo que deben á su nobleza: y de estos nombró ciento muy esforzados, y les dijo: ea, mis amigos, señalemos con piedra blanca este dia; ánimo y á ellos. En